

contramos en alta mar, frente al cabo más meridional un navío inglés llamado el galeón Dudley, el cual tomó á los flamencos y á mí me trajo á Portsmouth, donde me desembarqué el 2 de Diciembre del año pasado de 1590. De ahí fuí despachado por Mr. Muns, teniente de Portsmouth, con cartas para su excelencia el conde de Susséx quien mandó á su secretario tomase mi nombre y declaración, como lo hizo, sobre cuanto tiempo había yo estado fuera de Inglaterra, y con quien había yo ido. Y el día de Noche Buena me despedí de su señoría y vine á Kedriffe.

CAPITULO IX.

Tercero y penoso viaje que hizo Mr. Juan Hawkings con el «Jesús de Lubeck,» el «Misión» y otros cuatro buques, á las tierras de Guinea y á las Indias Occidentales en los años de 1567 y 1568.

Salieron de Plymouth los buques, el día 2 de Octubre de 1567, y tuvimos tiempo favorable hasta el día en que estando á cuarenta leguas N. del cabo Finisterre, se levantó una violenta tempestad y duró cuatro días, con tal fuerza, que dispersó la flota. Perdimos todas las lanchas, y el «Jesús» quedó

tan maltratado, que no se le creyó capaz de continuar el viaje, de suerte que aun antes de cesar la tempestad, hicimos rumbo de vuelta, determinados á desistir de nuestra empresa; mas el día 11 amainó el viento y aclaró el tiempo, con lo cual nos animamos á llevar adelante la expedición, como lo hicimos, encaminándonos á las islas Canarias, en una de las cuales, llamada la Gomera, se reunieron, conforme una orden anticipada, todos nuestros buques dispersados por la tormenta. Hecha la aguada, salimos el 4 de Noviembre en dirección á la costa de Guinea, y arribamos el 8 á Cabo Verde. Desembarcamos ciento cincuenta hombres con esperanza de hacernos de algunos negros; pero fueron muy pocos los que se consiguieron, y eso con gran daño y quebranto de nuestra gente, ocasionado en su mayor parte por las flechas envenenadas; pues aunque al principio las heridas parecían pequeñas, raro escapó de aquellas á quienes llegaron á sacar alguna sangre, sino que murieron de extraña manera, con las bocas cerradas desde unos diez días antes de morir, y ya que las heridas estaban cicatrizadas. A mí me tocó una de las mayores heridas, pero gracias á Dios escapé. Desde allí estuvimos pasando el tiempo en la costa de Guinea hasta el 12 de Enero, re-

gistrando con toda diligencia los ríos, desde Río Grande hasta Sierra Leona, y para entonces apenas habíamos reunido ciento cincuenta negros; pero lo avanzado de la estación y las enfermedades de la gente nos obligaban á marcharnos. No teniendo, pues, los suficientes para ir á las Indias Occidentales, entré en consulta con los demás, sobre ir á la costa de la Mina con esperanza de obtener allí oro en cambio de mercancías, y costear así nuestros gastos; pero en aquel mismo instante llegó un negro, enviado por un rey á quien oprimían otros reyes sus vecinos, pidiéndonos auxilio y ofreciéndonos que pondría á nuestra disposición cuantos negros se tomasen en la guerra, tanto por su parte como por la nuestra. Visto eso determinamos darle auxilio, y enviamos ciento veinte hombres que el día 15 de Enero asaltaron un pueblo de negros enemigos de nuestro aliado. Tenía el pueblo ocho mil habitantes, y estaba fuertemente cercado con estacadas á su modo. Defendiéronle tan bien, que los nuestros fueron rechazados con pérdida de seis muertos y cuarenta heridos, por lo cual me enviaron á pedir refuerzo. Considerando yo que el buen éxito de esta expedición contribuiría grandemente al provecho del viaje, fuí en persona, y con ayuda

del rey, nuestro aliado, acometimos al pueblo por mar y tierra: con dificultad y apelando al fuego (porque las casas estaban techadas con hojas secas de palma), conseguimos la entrada y pusimos en fuga á los habitantes. Tomamos doscientas cincuenta personas, hombres, mujeres y niños, y nuestro aliado hizo seiscientos prisioneros, de los cuales creíamos que nos daría una parte; pero como en esa nación rara vez ó nunca se trata verdad, aquello era en lo que menos pensaba el negro, sino que en la misma noche alzó su campo y sus prisioneros, de suerte que hubimos de contentarnos con lo que habíamos cogido.

Puesto que ya teníamos juntos de cuatrocientos á quinientos negros, juzgamos prudente irnos con ellos hacia las costas de las Indias Occidentales, donde por los dichos negros y otras mercancías que teníamos, esperábamos conseguir lo necesario para cubrir los gastos y sacar alguna utilidad. Procedimos, pues, á ello con toda diligencia, hicimos agua y leña, y nos apartamos de la costa de Guinea el 3 de Febrero. Con travesía más penosa de lo acostumbrado, dimos vista el 27 de Marzo á una isla llamada Dominica, junto á la costa de las Indias Occidentales, en 14 grados.

Desde allí fuimos costeano de un lugar

á otro, comerciando como podíamos con los españoles, aunque con bastante dificultad, porque el rey tenía severamente prohibido á los gobernadores de aquellas partes, que bajo ningún pretexto permitieran comerciar con nosotros. A pesar de eso, recibimos buena acogida é hicimos razonable negocio desde la isla Margarita hasta Cartagena, sin que ocurriese cosa digna de referirse, salvo en el cabo de la Vela, en un pueblo llamado Río del Hacha, de donde vienen todas las perlas. El tesorero que mandaba allí no quiso absolutamente consentir comercio alguno, ni aun siquiera que hiciésemos aguada. Había fortificado el pueblo con diversos baluartes en todas las entradas, y provístose de cien arcabuceros, pensando que por hambre nos obligaría á echar en tierra los negros, en lo cual no se habría engañado mucho, á no ser que nosotros, viendo que no había medio de alcanzar su favor, nos resolviéramos á entrar al pueblo por la fuerza, como al fin tuvimos que hacerlo, atacando con doscientos hombres los baluartes y tomando el pueblo, con pérdida de sólo dos hombres de nuestra parte, y ninguna de parte de los españoles, porque después de hacer una descarga, huyeron.

Una vez posesionados nosotros del pue-

blo, se entabló un comercio secreto, tanto á causa de que los españoles necesitaban negros, como porque el tesorero lo toleraba; así es que los españoles acudían á nosotros de noche, y nos compraron hasta doscientos negros. En todos los demás lugares en que comerciamos, los vecinos españoles se alegraban de vernos, y venían á contratar de buena gana.

En Cartagena, último lugar que pensábamos haber visitado en aquellas costas, no pudimos en manera alguna tratar con ningún español, merced á la inflexible rectitud del gobernador; y como ya estaba casi acabado nuestro comercio, no quisimos ni aventurar un desembarco, ni perder más tiempo, sino que pacíficamente nos marchamos el 24 de Julio, creyendo escapar de la estación de las tormentas que comienzan allí un poco más tarde y llaman *huracanes*; pero al pasar por la punta occidental de Cuba, en dirección á la costa de la Florida, nos asaltó el 12 de Agosto una horrible tormenta que duró cuatro días, y maltrató al "Jesús" hasta desarbolarle de todos los masteleros, y desquiciar malamente el timón, estropeándole en general de tal modo, que estuvimos á punto de abandonarle allí, más bien que seguir cuidándole; pero con la esperanza de sacar todo á salvo, buscamos la

costa de la Florida, donde no hallamos fondeadero para nuestros buques, á causa de la poca profundidad. Viéndonos en situación tan desesperada, y acometidos por una nueva borrasca que duró otros tres días, nos fué preciso acogernos al puerto de que se sirve la ciudad de México y se llama San Juan de Ulúa, en 19 grados. Tratando de tomar ese puerto, cogimos de paso tres buques con unos cien pasajeros, que pensábamos nos servirían de medio para obtener con más facilidad víveres por nuestro dinero, y un lugar seguro en qué reparar nuestra flota. Poco después, el 16 de Setiembre, entramos en el puerto de San Juan de Ulúa: al vernos llegar, creyeron los españoles que era la flota de España, á cuya causa las principales autoridades de la ciudad vinieron á nuestro bordo, y no fué poco su asombro y temor cuando conocieron su engaño; pero se tranquilizaron al saber que no queríamos más que víveres. Hallé en el dicho puerto doce buques que, según dijeron, contenían doscientas mil libras esterlinas en oro y plata. Todo eso estaba en mi poder, juntamente con la isla y los pasajeros que de paso había tomado; mas los puse en libertad, sin quitarles ni el valor de un ochavo. Solamente porque no quería yo sufrir retardo en mi intento, de-

tuve dos personas de cuenta, é inmediatamente despaché un correo á México, que dista doscientas millas, manifestando al presidente y audiencia de aquella capital, que habiendo arribado allí por fuerza de tiempo, necesitábamos carenar nuestros buques y tomar víveres, y pagando todo, lo cual esperábamos se nos otorgase, como amigos que éramos del rey D. Felipe; pedíamos además al presidente y audiencia, que sin tardanza tomasen providencias para que á la llegada de la flota, que aguardaba por momentos, no surgiera motivo de discordia entre ella y nosotros, sino que para mayor firmeza de la paz hubiera órdenes suyas al efecto. Despachado este correo en la noche del 16 de Setiembre, día mismo de nuestra llegada, á la mañana siguiente se presentaron á la vista del puerto tres velas grandes, y entendiendo que era la flota española, en el acto mandé participar al general de ella, que allí estaba yo, dándole á entender que antes de permitirle la entrada al puerto, debía mediar algún convenio entre nosotros, para que estuviésemos seguros y la paz no se turbara. Es de saber que este puerto se forma de una isleta de piedra que en lo más alto no sobresale del agua tres piés, y por cualquier rumbo no tiene más extensión que

un tiro de ballesta: el doble ó algo más dista de la tierra firme, y no hay en toda aquella costa otro paraje donde los buques puedan estar con seguridad, porque el viento norte sopla con tal violencia, que si los buques no están firmemente amarrados, con las anclas aseguradas en la dicha isla, no hay más remedio que perecer, cuando sobreviene un norte. El fondeadero es además tan estrecho, que los buques tenfan que quedar unos al costado de los otros, y ni nosotros podíamos dejarles lugar á ellos ni ellos á nosotros. Desde entonces comencé á lamentar lo que al fin sucedió; porque decía yo para mi: entre dos riesgos me veo y he de correr uno de los dos: ó impido á la flota la entrada al puerto (lo cual me consideraba capaz de hacer, con el favor de Dios), ó los dejo que entren con su conocida traición, que nunca dejan de ejecutar, tan pronto como hallan ocasión, sea lo que fuere. Si no les hubiera dejado entrar, se habría perdido indudablemente toda la flota, que traía seis millones, ó sea un millón y ochocientas mil libras esterlinas, y no me hallaba con ánimo para cargar con semejante responsabilidad, temiendo la indignación de la reina en caso tan grave. Y considerando conmigo mismo estas dudas, juzgué preferible exponerme á lo dudoso y no

á lo cierto. Lo dudoso era, á mi juicio, la traición, que tenía esperanza de evitar con buena política; y escogiendo así el menor mal procedí al concierto. Volvió de la flota mi primer enviado, trayendo noticia de que en ella venía un virrey con autoridad, no sólo en todas las provincias de México (por otro nombre Nueva España), sino también en el mar, quien nos mandaba decir que enviásemos nuestras condiciones, y por su parte, para afirmar la amistad entre ambas coronas, serían tan favorablemente otorgadas, como fielmente cumplidas; añadiendo además otras buenas palabras, de que á su paso por la costa de las Indias había sabido el buen tratamiento hecho á los habitantes en todos los lugares donde habíamos estado, lo mismo que á los de aquel puerto á quienes había yo dejado en libertad. Y volviendo á nuestra demanda, pedíamos que se nos proporcionasen víveres por nuestro dinero, y se nos diese licencia de vender lo necesario para atender á nuestras necesidades, que de ambas partes se entregasen en rehenes doce caballeros, como seguro de la paz; que para mayor seguridad nuestra, quedara en nuestro poder la isla, mientras permaneciésemos allí, así como la artillería que en ella estaba puesta, y eran once piezas de bronce, y por último, que

no entrase en la dicha isla español alguno con armas de ninguna clase. Al principio no le agradaron estas condiciones, sobre todo la de conservar nosotros la isla, pues teniéndola ellos, pronto nos habrían despatchado, porque al primer norte nos hubieran cortado las amarras y habríamos ido á la costa, pero al cabo concedió todo, reduciendo únicamente á diez los doce rehenes, que en el acto fueron cambiados, con un escrito del virrey, firmado de su puño y autorizado con su sello, en que instaban las cláusulas del convenio. En seguida se dió á son de trompeta un pregón y mandó que de ambas partes ninguno fuera osado de quebrantar la paz, so pena de muerte. También se acordó que se vieran los generales de ambas flotas, y se darían mutua fe de guardar lo estipulado, como se hizo. De esta manera á los tres días quedó concluido todo, y entró la flota en el puerto, saludándose una á otra según uso de mar. El jueves llegamos, como antes dije; el viernes apareció la flota española, y el lunes por la noche vino al puerto, trabajamos luego dos días en poner á un lado los buques ingleses y al otro los españoles, mediando muchas protestas de recíproca amistad entre los capitanes y demás gente de ambas naciones, lo cual era tan sincero por nuestra

parte, como fingido por parte de los españoles, puesto que de tierra les habían enviado un refuerzo hasta de mil hombres y pensaban dar por todas partes sobre nosotros el próximo jueves 23 de Setiembre á la hora de comer. Ese mismo jueves por la mañana, acercándose ya la hora de la traición, se comenzaron á notar algunas señales de ella, como trasladar armas de un buque á otro, poner artillería en ellos, y asestarla contra la isla que los nuestros guardaban, mover tropas más de lo necesario y acostumbrado, y otros muchos malos indicios que nos obligaron á mandar preguntar al virrey qué significaba aquello. Dió inmediatamente orden de quitar todo lo que pudiera infundir sospechas, y nos envió á decir que él, bajo la fe de virrey, sería nuestro escudo contra cualquier villanía. Mas no satisfechos nosotros con esa respuesta, porque sospechábamos que había mucha gente escondida en un gran barco de novecientas toneladas anclado junto al "Minión" enviamos nueva embajada con el maestre del «Jesús» que sabía el español, para preguntar al virrey si aquello era ó no cierto. Viendo entonces el virrey que ya su traición iba á ser descubierta, detuvo al maestre, hizo tocar las trompetas, y fuimos embestidos por todos lados. Los nues-

tros que guardaban la isla sobrecogidos de súbito terror, cedieron: pusieron en huida, y trataron de acogerse á los buques: los españoles, que estaban ya preparados para ello, desembarcaron por todas partes en gran número, lo cual podían hacer fácilmente desde sus buques, sin necesidad de botas, y mataron desapiadadamente á cuantos encontraron en tierra, excepto unos pocos que alcanzaron el «Jesús». El barco grande que calculábamos tenía escondidos los trescientos hombres, abordó inmediatamente el «Minión», pero á Dios gracias, cuando entramos en sospechas, que sería una media hora antes, habíamos preparado el «Minión» y perdiendo las amarras de proa se largó á la espía por las de popa, de cuya manera se libró de la violencia del primer empuje de aquellos trescientos hombres. Pasado adelante el «Minión» abordaron el «Jesús» que con mucha dificultad y considerable pérdida de gente se defendió y preservó también. En aquel mismo instante cayeron sobre él otros dos buques, de manera que se vió en grande apuro para poder desamarrarse, mas al cabo de un rato conseguimos cortar las amarras de proa y largarnos á la espía por la de popa. Cuando ya el «Jesús» y el «Minión» se hubieron puesto á dos cuerpos de distancia de la flota española,

la pelea se enardeció tanto por todas partes que dentro de una hora fué echada á pique la capitana española, quemada la vice-capitana, y otro de los vasos principales echado también á fondo, de suerte que de los buques ya no podíamos recibir gran daño.

Mas es de saberse que toda la artillería de la isla estaba en poder de los españoles, y nos hacían tal daño con ella, que cortaron todos los mástiles y aparejos del «Jesús» tan malamente, que ya no quedaba esperanza de salvarle. Viendo eso determinamos poner el «Jesús» al otro lado del «Minión» para que resistiera toda la batería de tierra, sirviéndole de resguardo hasta la noche, y sacar entonces del «Jesús» los víveres y demás cosas á que alcanzara el tiempo, para abandonarle en seguida. Determinado así, y resguardado el «Minión» del fuego de tierra, repentinamente incendiaron los españoles dos grandes barcos que venían en derechura á nosotros, y como no hallábamos modo de evitar aquel incendio, causó un terror pánico en los nuestros: unos decían «vámonos con el «Minión», y otros, «veamos si el viento se lleva el fuego por otra parte.» En resumen como los del «Minión» tenían las velas listas, las largaron sin licencia de capitán ni de maestro, atendiendo solamente á ponerse en sal-

vo, y apenas tuvieron tiempo de recogerme á bordo.

La mayor parte de los que quedaron vivos en el "Jesús" se metieron en un pequeño bote y siguieron al "Minión;" los demás que no cupieron en el bote tuvieron que rendirse á merced de los españoles (que juzgo no usarían mucha con ellos), de manera que escapamos con sólo el "Minión" y el «Judith,» pequeña barca de cincuenta toneladas, la cual desapareció aquella misma noche, dejándonos abandonados á nuestra triste suerte. A la mañana siguiente ganamos una isla á una milla de los españoles, donde nos cogió un viento norte, y no teniendo más que dos cables y dos anclas, porque en el combate habíamos perdido tres cables y dos anclas, no pensábamos más que en la muerte que teníamos continuamente ante los ojos; pero quiso Dios librarnos otra vez.

Calmó algo el temporal, y el sábado dimos á la vela. Como la gente era mucha y los víveres pocos, la esperanza de salvarnos era menor cada día. Unos querían entregarse á los españoles; otros preferían buscar un lugar donde entregarse á los infieles, y algunos se resolvían á aguardar la merced de Dios en el mar, reducidos á una miserable ración. Con el corazón conster-

nado anduvimos vagando así catorce días en mares desconocidos, hasta que el hambre nos obligó á buscar la tierra, porque ya los cueros se consideraban como un manjar excelente; gatos, ratones, ratas y perros, ninguno escapó de cuantos pudieron ser habidos; loros y monos que eran tenidos por de gran precio, parecían ahora mucho más estimables, si á su vez llenaban el hueco de una comida. Por fin el 8 de Octubre tomamos tierra en lo más interior del mismo golfo de México en 23 y medio grados, esperando encontrar allí población de españoles, socorro de víveres y lugar en que reparar nuestro buque, pues se hallaba tan maltratado por el fuego de los enemigos, y tan desquiciado por los disparos de nuestra propia artillería, que nuestros débiles y cansados brazos no alcanzaban á impedir que se llenase de agua. Pero sucedió todo lo contrario, porque no encontramos ni gente, ni víveres, ni fondeadero, sino un lugar en que con buen tiempo podíamos, no sin riesgo, enviar un bote á tierra, porque la gente acosada por el hambre quería desembarcar, y yo consentí en ello.

Puse en un lado á los que querían desembarcar, y en el otro á los que preferían seguir el viaje de vuelta, quedando divididos en dos partes casi iguales, de unos cien hom-

bres cada una. A los primeros pusimos con toda diligencia en tierra en el sitio ya referido, y luego que estuvieron desembarcados, resolvimos hacer aguada y salir á la mar con nuestro corto resto de víveres. La mañana siguiente, hallándose en tierra cincuenta de mis cien hombres dando prisa á la aguada, se levantó una tormenta tan fuerte, que en tres días no pudieron volver al buque: éste se vió también en gran peligro, y á cada momento creíamos naufragar.

Pero Dios tuvo otra vez misericordia de nosotros, y nos mandó buen tiempo. Trajimos á bordo el agua, y partimos el 16 de Octubre, desde cuyo día tuvimos tiempo sereno y favorable hasta el 16 de Noviembre, en que gracias á Dios, salimos de las costas de las Indias, y fuera del canal y golfo de Bahama que está entre el cabo de la Florida y las islas Lucayas. Conforme nos acercábamos á países más fríos, nuestros hombres, agobiados por el hambre, morían continuamente, y los que quedaron estaban tan débiles, que apenas podían maniobrar el buque. Como el viento era siempre contrario para ir á Inglaterra nos resolvimos á arribar á Galicia, en España, con objeto de remediar el hambre de la tripulación, y otras urgentes necesidades. Llegados el día último de Diciembre á un

lugar cerca de Vigo, llamado Pontevedra, comieron los nuestros tantos víveres frescos, que contrajeron lastimosas enfermedades, y la mayor parte murieron. Esto se ocultó todo lo posible; pero al cabo, aunque á ninguno de los nuestros se permitió ir á tierra, por la comunicación con los españoles, conocieron éstos nuestra flaqueza. No por eso dejaron de buscar todos los medios de hacernos traición; pero lo más pronto posible nos fuimos para Vigo, donde recibimos algún auxilio de ciertos buques ingleses, y doce hombres de refresco, con lo cual remediamos nuestras necesidades, como mejor pudimos, y saliendo el 20 de Enero de 1568 llegamos el 25 á Mountsbay en Cornuallís: sea Dios por ello bendito.

Si hubieran de referirse por menor todos los trabajos y contratiempos de este lamentable viaje, se necesitaría la pluma de un escritor laborioso, y tanto tiempo como el que tenía el que escribió la vida y muerte de los mártires.

JUAN HAWKINGS.

*Algunas noticias de Sir John Hawkings
y de sus viajes.*

Sir John Hawkings nació en Plymouth hacia 1520, y desde muy joven hizo varios

viajes á España, Portugal y las islas Canarias. Las noticias que recogió en aquellos países, y las que le comunicó su padre, que era también marino distinguido y muy estimado de Enrique VIII, le sugirieron la idea de dedicarse al comercio de negros, tomándolos en la costa de Africa para ir á venderlos en las posesiones españolas de América. Este tráfico, visto hoy con tan justo horror, no se tenía entonces por deshonoroso. Con tal objeto hizo Hawkins tres viajes, siendo el primero en 1562. Llevó tres buques, tomó trescientos negros en la costa de Guinea y los vendió tan ventajosamente en la isla española, que con las mercancías obtenidas en cambio, no sólo cargó sus tres buques, sino también dos urcas que fletó. En 1564 y 1565 hizo el segundo viaje, más largo y azaroso que el primero. Salió de Plymouth con cuatro buques, arribó por mal tiempo al Ferrol, y fué á hacer la escala de costumbre en las Canarias, encaminándose luego á la costa de Africa. Parte por fuerza, parte por astucia, hizo allí su provisión de negros, con lo cual recorrió las Antillas, Cumaná, Santa Fe y Río de la Hacha. Como estaba estrictamente prohibido en las colonias españolas todo comercio con extranjeros, encontraba Hawkins donde quiera grandes di-

ficultades para su contratación; mas de grado ó por fuerza, pública ú ocultamente, lograba casi siempre establecerla. Dió la vuelta á Cuba, de allí fué á la Florida, volvió á la Habana, y nuevamente á la Florida, donde socorrió con víveres á los franceses, que estaban allí con Mr. de Laudounière. De la Florida regresó á Inglaterra, á donde llegó en Septiembre de 1565, con pérdida de veinte hombres.

La fortuna, que tanto favoreció á Hawkins en el primer viaje, le iba abandonando en los siguientes. El tercero, verdaderamente desastroso para él, fué el de 1567 y 1568, cuya relación ha visto el lector, hecha por Miles Phillips, por Job Hortop, y por el comandante mismo. Dícese que para colmo de males, no pudo obtener Hawkins que Drake le devolviera ni una pequeña parte del oro que se había llevado cuando se separaron poco después del desastre de Veracruz. Tan mal suceso resfrió mucho la afición de Hawkins á las aventuras; pero lo más notable es que cuando los españoles acababan de tratarle tan duramente en las Indias, ofreciera sus servicios al rey de España Felipe II, y fueran aceptados. A lo menos así lo dice el historiador inglés Lingard; con estas palabras. «Después de esto (el viaje de 1567 y 1568) invadió todavía

«Hawkings dos veces las colonias españolas, y ya de vuelta, envió á Madrid á su amigo Jorge Fits Williams para ofrecer sus servicios al rey de España. Dudábase de su buena fe, pero ofrecía rehenes, y el 10 de Agosto de 1571 se hizo un arreglo que el duque de Feria firmó por una parte, y el enviado por otra. Se estipuló que con objeto de restablecer la antigua religión, y poner término á la tiranía de Isabel y favorecer los derechos de María Stuart al trono, Hawkings traería al servicio de España diez y seis buques, cuyos nombres se expresan, con 420 cañones y 1,586 hombres; que el rey Felipe concedería á Hawkings y á los suyos perdón general de los pasados delitos, y le pagaría 16,987 ducados cada mes para los gastos de la armada. No fué posible mantener tan secreto este singular convenio, que no se trasluciese algo. Hawkings fué llamado é interrogado por orden del consejo; pero se justificó de tal modo, que los lores que daron ó fingieron quedar satisfechos, y le hicieron entrar al servicio de la reina.»

Completa debió ser la justificación de Hawkings en asunto tan grave (aunque el caso parecía increíble), puesto que lejos de producirle consecuencias desagradables, ó á lo menos, el desvío de la reina, hallamos

que ésta le nombró tesorero de la marina, y se le consultaba en todos los negocios importantes. Y aun más porque en 1588, fué nombrado contraalmirante y se le dió el navío "Victoria" para pelear contra la Armada invencible de aquel mismo monarca español á cuyo servicio había pretendido entrar. El valor y habilidad que mostró Hawkings le grangearon elogios de la reina Isabel, el título de caballero y ascenso en su carrera de marino.

Si es cierto que su antiguo amigo Drake le despojó del oro recogido en su tercera expedición, el tiempo borraría sin duda el disgusto que debió causar á Hawkings semejante proceder, pues en 1595 propuso, de concierto con el aquel famoso corsario, una nueva expedición contra las colonias españolas de América. El éxito de ella no fué favorable, lo cual dió motivo á que Hawkings muriese de pesadumbre, según quieren decir algunos; aunque otros al parecer con más fundamento, cuentan que en el ataque de Puerto Rico fué muerto por una bala de cañón el 22 de Noviembre de 1595. Había tenido la honra de representar en el parlamento á su ciudad natal Plymouth, y fundó en Chatham un hospital para marineros viejos é inválidos.

No hallo en los escritores españoles nin-